

# “LOS LÍMITES DEL LENGUAJE SON NUESTROS ABISMOS”



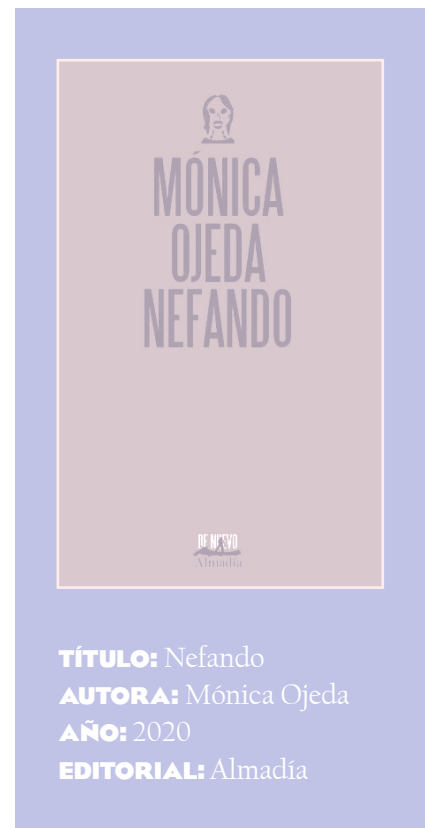
La editorial Almadía publicó la novela de Mónica Ojeda, *Nefando*, durante el primer año de la contingencia sanitaria por la pandemia de COVID-19, en 2020; y entre pantallas y virtualidad se ha hecho la presentación de esta nueva edición por el sello mexicano, como si aquello formara parte del juego-novela que se derrama de internet y llega hasta la vida misma para advertirnos que la representación del mundo sucede sin su consentimiento.

El panorama de la literatura universal está secuestrado por el canon inmisericorde que escoge a sus autores de acuerdo a criterios siempre cuestionables. Fuera de este está toda la demás literatura, la que, al estar al margen de la oficial, es una literatura llamada periférica, de culto, maldita, por considerarse anti-canónica o tan solo por no cumplir con estándares que la historia consagra para los vencedores.

Me planteo desde esta perspectiva si la novela *Nefando*, de Mónica Ojeda, vaya a quedar fijada en la gloria de la literatura en español o de la literatura del siglo XXI a

nivel mundial. ¿Es una ambición o una angustia preguntarse esto? Por lo que representa actualmente el tema y el contenido de la novela de Ojeda, en nuestras sociedades y en la cultura, podría ser el brote de un tipo de literatura (si no es que ya reminiscencia heredada de Bataille, Sacher-Masoch, Pierre Louys, Apollinaire) condenada a ser proscrita no solo del cuerpo de obras ejemplares, sino de cualquier posibilidad de discusión y tratamiento públicos o autorizados para su divulgación.

Este contexto enmarca el modelo de valores que rige nuestra época: se juzga desde lo intolerable y lo políticamente correcto en detrimento de las expresiones que irónicamente demuestran el exceso de esas manifestaciones totalitarias que censuran lo que, de por sí, existe. El dispositivo que es *Nefando* rebasa la expectativa textual de la novela posmoderna y se coloca como acto de denuncia estética, rayando hacia el performance lingüístico que se hace insoportable –en un buen sentido– de terminar. Podría situar como antecedentes de la novela de la ecuatoriana a la novela realista,



**TÍTULO:** Nefando  
**AUTORA:** Mónica Ojeda  
**AÑO:** 2020  
**EDITORIAL:** Almadía

que exhibe los horrores de la guerra, y la misma literatura erótica, de la que se desprende una vena poética, y ambas confluyen en la imbricación narrativa de la escritura perturbadora y perturbante de Ojeda. Sin embargo, la autora propone una lectura didáctica, pues el juego es también la estrategia que se despliega para hablar de lo inefable.

Difícilmente se define *Nefando* con un solo tema, los personajes que relatan sus distintas historias forman una red compleja pero integral de situaciones que son reflejo unas de otras. Todas estas se delinean desde el punto de fuga

del videojuego *Nefando*, el objeto que es investigado por medio de las entrevistas que registran los testimonios de algunos de los personajes y las narraciones que se alejan de la fidelidad periodística y en todo caso sugieren sucesos novelescos. Lo que une a las distintas historias de un mismo objeto es el abuso sexual infantil, y si tuviera que prevalecer lo lacónico temáticamente, sería la violación. A partir de este centro giran otras formas en que el abuso sexual es representado, metaforizado, como *leitmotiv* de la novela. Ya sea como comparación deshumanizada al hablar de la “violación a los derechos de autor”, o como la profanación del cuerpo, así como en la invocación de la palabra como fuerza divina y como acto creador para usarse de manera vulgar. La violación es también parte del erotismo, de lo prohibido, de la transgresión que se materializa en la novela en su forma más real y abrumadora que es entendida por ese inexacto eufemismo de *pornografía infantil*.

Por mucho que quisiera abordar este punto, me referiré brevemente a este término usado culturalmente –con pena– del ya nombrado abuso sexual infantil. Se ha mal interpretado su uso para resignificar la pedofilia y pederastia que es, además de ilegal, llevada a la misma representación que el contenido para adultos. La distinción es absurda y se hace evidente que el mundo tolera la pornografía, sin etiquetas, por ser *verdadera*, legalmente, y la pornografía infantil es *falsa*, es un crimen no solo legal sino moral. Esto, puesto también en clave literaria por Ojeda, cuestiona el derecho económico que hace de la industria del porno una mercancía tolerable, aunque incluso en recientes noticias se ha denunciado el abuso por parte de los productores hacia las actrices por el hecho de que frente a las cámaras se ejerce violación y el público es engañado al tomarlo como parte de una actuación más. ¿Por qué seguir llamándole

pornografía y además infatil a un video o una grabación donde alguien obliga y somete a otro a su voluntad? En otro extremo, la parte tolerada de la pedofilia reproduce la sexualización o hipersexualización infantil, al presentar estereotipos y conductas sexuales a una edad temprana de niñas y niños que actúan en el cine, televisión o simplemente se normaliza en distintos medios como ha pasado con la cosificación de la mujer.

Como lectores, aunque no lo sepamos, nos han engañado; bien nos dijo Mónica Ojeda al comienzo de la novela: “el tiempo nos erosiona, por eso es necesario engañar al lector”. Y queda por preguntarse ¿quién ha sufrido más que estos niños? O, ¿hay algo peor? La pregunta se plantea incluso sin retórica, con el propósito estremecedor de pensar que sí, sí puede haber cosas peores y que sí, aun es necesario escribir sobre ello.

Juan Carlos Paniagua de los Reyes

## CARTA A UNA AMIGA

### Acerca de *La perra*, de Pilar Quintana

Querida Mariana:  
 Cuando la marea estaba baja, la laya se volvía inmensa, un descampado de arena negra que más parecía barro.

He leído una novela extraordinaria: *La perra*, de Pilar Quintana. Sucede en medio de la selva, en un pequeño pueblo en la costa del pacífico colombiano. Y todo, absolutamente

todo está permeado por ese caos particular: la humedad sofocante, las lluvias iracundas, los árboles como gigantes que no te ceden el paso. El aleteo constante de libélulas, el ruido de abejas y abejorros, cantos de pájaros buscando su nido entre las copas de los laureles y aullidos de animales salvajes que retumban en la más oscura de las malezas. Un paisaje selvático y libre combinado con el sonido del pueblo. Los

pescadores desembarcando sus lanchas y el movimiento de la gente en el mercado, verduras y frutas jugosas conviviendo con las que ya están podridas, personas gritando: “Sí señora, ¿cuántos mangos se lleva hoy?”. Después el ladrido de los perros, que vagan por las calles empedradas y enlodadas de ese pueblo, vivienda de un personaje al que no podrás perderle la pista de principio a fin.